

Del Coprador

Unamuno, poeta

(Para La Nación.)

Madrid, marzo, 1909.

Cuando apareció el tomo de Poesías de Miguel de Unamuno, hubo algunas admiraciones, a infinitas protestas. ¿Cómo? este hombre que escribe tan extrañas paralogías, este hombre a quien llaman sabio, este hombre que sabe griego, que sabe una media docena de idiomas, que ha spentido sólo el suco $\frac{1}{7}$ que de nuevo incomparables pajoritas de papel, quiere también ser poeta? Los entuzo del encasillado, los que no

2. en que um homem eiva aivo pa
11. aia cosa, estaban furiosos.

~~Cuando~~ Y cuando, se manifesté delante
de algunos que a mi entender hi-
quel de Urannino es ante todo un poe-
ta, sólo eso, se me miró
con estranjería y creyeron encontrar
en mis palabras una ironía.

Ciertamente, Unamuno es amigo de
paradojas — y yo mismo he sido víc-
tima de alguna de ellas —; pero es uno
de los más notables renovadores de
ideas que haya hoy, y, como he di-
cho, según mi modo de sentir,
un poeta. Sin poeta no abriremos
las puertas del misterio y ~~no~~
volver con, en los ojos, un vislum-
bre de lo desconocido. Y pocos co-
mo este vasco meten su alma
en lo más hondo del corazón.

3
 ... la vida y de la muerte. Su místi-
 ca esta llena de poesia, como la de
 Novalis. Su pegaso, gima o relincha,
 no anda entre lo miserable cotidiano
 sino que se lanza siempre en
 vuelo de trascendencia.
 Principios supremos, exaltación a lo
 absoluto, haberse de Dios, serme-
 nimiento del espíritu sobre lo in-
 mutable, Tenéis razón si me de-
 cis que todo eso está muy lejos.
 de las mantolinas. Pero las man-
 tolinas no son toda la poesía.
 Mantolina y viola de amor to-
 man para las horas que pasan
 en lo ligero de la vida. Y cuando
 viene la trompeta final, la sin-
 tólica y furiosa apocalíptica trompe-
 ta, queda por defuera que no

4/ existirá un solo rosal plantado en
la tierra.

A muchos nos ha perseguido la obsesión del enigma de nuestro ser, y por eso de nuestro destino futuro: y por eso quizá nos hemos refugiado en lo que a la tierra atañe, en el amor de la primavera y de la alegría, buscando después, en las angustias de lo porvenir, los ojos a lo alto, el universo de moristo.

Un día en conversación con Riera
 me dije de Unamuno: Un pelotari
 en Patmos. Le fueron con el shirme, be-
 no él supo comprender la intención,
 sabiendo que su juego era con
 las ideas y con los sentimientos, y que
 no es hereditario el encontrarse

5/
 en el mismo terreno con Juan
 el vidente.

Es lo que él se considera: escultor de vie-
 ra y buscador de eternidad. Esto se ve
 en sus otras obras que no son meras,
 en sus ensayos sobre todo, en sus ensa-
 jos a la inglesa escritos a lo una-
 nimesco, esto es, como con el amer-
 icano whim, con capricho. La
 originalidad de este hombre, dicen las
 gentes, está en decir todo lo contra-
 rio de lo que dicen los demás, en
 dar vuelta como a un guante a
 las ideas usuales. Este es el sen-
 tido y censurado prurito de para-
 dojas. Esto causa, naturalmente
 la perfección de lo que no tienen
 nada que oponer al impetuoso
 estado de los carneiros de Pánuco.

Manzano, de la pajarita de papel, ha
ido a la tribuna pública, a la con-
fidencia; se ha hecho notar en el
movimiento social y f de su pa-
tria, y ha tenido el singular valor
de decir lo que él cree la verdad,
sin temor a inmediatas y terribles
hostilidades. Siempre, como veis, un
poeta.

*
*
*

Ya se que muchos observan: ¿Y sus versos,
y la forma de sus versos? Para mí e-
so es una de las manifestaciones de
su inconfundible individualidad. Ha ha-
vido poetas o pensadores que hayan he-
cho versos, como Littré, o Taine, etc. ha
o ejercicio retórico, o deporte in-
tellectual. En Manzano se ve la ve-

/ceidad que urge al alma del verd-
 gero poeta, de expresarse rítmicamente,
 de decir sus pensamientos y sentimientos de
 modo musical. Y en esto hay diferen-
 tes maneras, según las dotes líricas
 del individuo, y no porque una mui-
 sica no se parezca á la del autor
 por voluntad propia, bueno de con-
 cluir que no es buena. No todas
 las aves tienen el mismo canto,
 como todas las flores no tienen la
 misma forma ni el mismo per-
 fume. En la poesía francesa, las
 rosas de un Baudville no se parecen
 en nada a las flores casi minerales
 de un Baudelaire, o, en otro sentido,
 de un Leconte de Lisle, y mucho
 menos a los lirios lunares de un
 Remy de Lillan. Cada jardinería

8/ cultiva sus ~~ramilletes~~ ~~pre~~ plantíos
preferidos. Y aun hay los que noctur-
namente aman ir a coger la parie-
te.

Una frecuentación concienzuda de los clá-
sicos de todas las lenguas ha dado á
la expresión poética de Miguel de U-
rrutia cierta nitidez que hay quienes en-
frentan dificultades en la expresión nit-
ida de la palabra. Yo no he visto es-
cribir versos al rector de la Universi-
dad de Salamanca, ~~ni~~ ni cruzes en
loto de trabajo, ni sus bregas con
pensamiento, con el verbo. Bien
sin embargo que debe escribir sus ^{con-}fi-
ciones con facilidad, pues las tenía de
lecturas, ~~si~~ en su ordenación que pa-
rece forzada, marchan holgada en
la prosa poética. No

9/
 es ante todo un virtuoso, y esto ca-
 si me le hace mas simpático men-
 talmente, dada que es tanto en Es-
 paña como en América es incontable
 desde hace algun tiempo a esta parte,
 la legión de pianistas. El no es tam-
 poco superior importancia a la forma.
 El quiere que se rompa la ~~may~~ ^{may} ~~may~~
 y vaya uno a lo que ntre. Que se
~~anda~~ hunda uno en el pozo de su
 espíritu y en el abismo de su cora-
 zón, para buscar allí tesoros ala-
 dinicos. El tiene ^{el respeto y la} ~~la~~ ~~admiración~~
 adoración del verso, de modo que no
 contemporiza con quienes le usan en
~~los~~ ^{los} de juglar. Lo del clown del
~~co~~ francés, le pondría furioso.
 Si le fuera posible, cantaría únicamente

te en una música interior que no
 pudiese ser escuchada fuera, tal co-
 mo el sonar de esas fuentes subterrá-
 neas cuyo cristalino ruido de aguas
^{halla} ~~halla~~ tan solo repercusión en lo con-
 ciso de las grutas esculpidas de esta-
 lactitas.

Lo que resalta en este caso es: la ne-
 cesidad del canto. Después de fatigar
 los brazos ~~en~~ y muller las hachas en
 la floresta de lucubraciones. llega un
 momento en que es preciso bus-
 car un rincón apacible de vendor
 / fresca donde reposar y en tra-
 de se pouga el alma limpia a
 oír el canto de los ruiseñores. Los
 ruiseñores, como aquel pá-
 jaro de paraíso que oyó cantar el
 monje de la leyenda, saben de

11) lo eterno, se lo que no tiene que
 ver con lo cambiante y efímero de
 nuestra vida Terrena, y con nuestro
 rápido paso por la existencia, que es
 el de una irisada burbuja.

La necesidad del canto: el canto es lo
 único que libra de lo que llama Mae-
 terlinck lo trágico de todos los días. A
 medida que el tiempo pasa y a pesar
 del triunfo de los poderosos asaltados ma-
 riales, la omnipotencia ~~de~~ órfica se
 acentúa y se hace cada vez mas
 invencible. Y el poeta ve pasar triun-
 fante, al lado del aviador el vuelo
 dominante de la oda.

Quisiera este bien que el verso, por
 su virtud demiúrgica tiene algo de nue-
 vo al salir de ella; que es uno
 de los grandes misterios del espíritu,
 que es un rito moral para el cual

la iniciación viene de una volun-
tad divina. Dice a sus versos:

Los cor. Dios, pues que con El vinisteis
en mi a tomar, cual carne viva, verbo,
responderéis por mi ante El, que vale
que es es lo malo que hago, aunque no quiero,
si no vosotros osis de mi alma el fruto,
vosotros reveláis mi sentimiento,
¡hijos de libertad! y no mis otros
en la que soy de extranea sino siervo;
no son mis hechos misos, son vuestros,
y así no de ellos soy, sino soy vuestro.

*
* * *

¿Quiera biena que en este solitario de
en propio Port Royal, que en este misti-
co de ultima hora - y de siempre -
que en este cerebral, hubiese de que
"se le acata en el siglo XVIII un hom-
bre sensible?" Es verdad que el

así desde luego la clave de mi
prigue:

Pienso el sentimiento, siento el pensamiento.

Lo pensado es, no lo dudas, lo sentido.

Sentimiento puro? Quien en ello crea,
De la fuente del sentir unca llega
a la viva y honda vena.

Al canon: De la música avant toute cho
se, ofone, hablando de sus cantos:

Pero necesitan, en las alas pero,
la columna de humo se tiza entera,
algo que no es música es la poesía,
la poeta solo queda.

Luego representará algo que parecerá in-
comprensible a los infatigables orga-
nilleros que amueblan poesía a su in-
vera en ininteligible chorro:

Mira amigo, cuantos libros
Al mundo tu pensamiento.

cuídate que sea ante todo,
deus, deus.

Y cuando vueltes la espita
que cierra tu sentimiento,
que en tus contos este suave
deus, deus.

Y el vaso en que uso esencias
de tu sentir los anhelos,
de tu pensar los cuidados,
deus, deus.

Mira que es largo el camino
Y corto, muy corto el tiempo,
para en cada posada
no permanecer.

Dinos en pocas palabras
y sin ojar al sendero,
lo mas que decir se pueda,
deus, deus.

15

Con la letra ecia del ritmo
 hebreo que en tus versos,
 sin grasa, era carne prieta,
 densos, densos.

Basta para comprender los principios
 de su arte poética. Por eso tendrá anti-
 patía por todo lo francés, y le oremos
 gustar de la poesía inglesa, de Sha-
 kspeare, de los latistas, del italiano
 Carducci. Con ser muy castellano su
 vocabulario y ~~ser~~ muy castizo su mis-
 ticismo, le encontraremos cierto ai-
 re ~~del norte~~ nórdico que hace a ve-
 ces que algunos de sus poemas
 parezcan traducidos de poemas de
 los azules. Ese aire nórdico se ex-
 hlica también, sabiendo que el au-
 tor es originario de las provin-
 cias vascas, y que su gra-

16/
 vetat en de raga. Por esto también
 su sentido de lo superfluo y en desprec
 cio por lo frívolo. Maliquamente, aquí
 donde es habitual jugar con el vocablo,
~~esta~~ he oído decir que los versos de
 Unamuno, como el quiere, son "pesados".
 También el hierro y el oro lo son.

De modo, me diréis, que Unamuno
 es, según su opinión, un poeta. Un
 poeta, un fuerte poeta. Su misma téc
 nica ~~me~~ es de mi agrado. Para ex
 presarse así hay que saber mucha
 armonía y mucho contrapunto. Lo
 que parece claudicación es una
 hábil procedimiento. Y notar que
 los versos parecen que parecen
 caídos de súbito, entre aplicación
 , consciente versolibrismo, que

17/ leu brotar profundos y melancólicos
 sonos de órgano que habrían refoci-
 jado al Salviata. Eso es lo que me
 gusta en él sus efusiones, sus es-
 capadas jaculatorias hacia lo sagra-
 do de la eternidad.

Esto no es renegar de mis viejas ad-
 miraciones ni cambiar el rumbo de
 mi personal estética. Tengo, gracias
 a Dios una facultad que nunca he
 encontrado en tantos sagitarios que
 han tomado mi obra por blan-
 co: es la de comprender todas las
 intenciones y gustos de todas las crea-
 turas. Todas las formas de belleza me
 interesan; y no se por qué razón ha-
 bría de deprimir la orquidea por
 el girasol, o el girasol por la

18/
 orgiades. Yo me reclutaba en Versalles
 con los violines del Rey; una ya mi
 espíritu venía de lo lejano del tie-
 po, de escuchar el canto de las si-
 renas, o las trompetas de Jericó. El
 canto quizá duro de Unanimes me pla-
 ce tras tanta meliflua lira que a-
 cabo de escuchar, que todavía no
 acaba de escuchar. Y ciertos versos
 que suenan como mortillazos, me
 hacen pensar en el buen obrero del
 pensamiento que, con la fragua en-
 centada, el pecho desnudo y trampa-
 mente el alma, lanza su himno, o su
 alegoría, al amanecer, a buscar a
 Dios en lo infinito.

Orubén Dávila